

CRÍTICA DE LIBROS

Fausta Gantús, Florencia Gutiérrez y Alicia Salmerón, *La toma de las calles. Movilización social frente a la campaña presidencial, ciudad de México, 1892*, México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2020.

Este libro constituye una obra valiosa y de actualidad para la historiografía sobre la política y la sociedad de América Latina pues el uso político de las calles y las disputas por los sentidos en torno a las movilizaciones representan objeto de controversias cotidianas en nuestras sociedades. El esfuerzo conjunto de estas tres historiadoras se materializa en un estudio monográfico capaz de cruzar la historia política, social y cultural a partir de su sofisticación analítica e interpretativa en torno a un acontecimiento poco explorado: la campaña por la reelección indefinida de Porfirio Díaz y sus consecuencias no deseadas, esto es las movilizaciones antirreeleccionistas desplegadas en el corazón de la Ciudad de México en 1892.

El estudio de esta campaña presidencial adquiere importancia historiográfica porque explora las prácticas, modos, escenarios y sentidos mediante los cuales los sujetos despliegan su acción política una vez puesta en marcha la posibilidad de reelección de Díaz. A criterio de las autoras, este ciclo de movilización popular protagonizado por un conjunto heterogéneo de actores –obreros, estudiantes y artesanos– representa un parteaguas en la política decimonónica de México y debe ser entendido como un preludio a la era de la política de masas que inaugura el siglo XX.

A lo largo de sus páginas, la obra presenta un universo histórico en movimiento, con una estructura argumentativa y narrativa amena capaz de reponer la contingencia y el dramatismo de la historia política y social urbana del México de fines de siglo XIX. Según sostiene Juan Carlos Torre,¹ una buena historia política debe poder restituir del pasado “la incertidumbre del futuro”. Tal es el caso de este libro. Entonces, aunque sabido el final de la

¹ Elisa Pastoriza, “Escribir historia política, escribir historia. Entrevista a Juan Carlos Torre”, *Revista PolHis*, n. 8, segundo semestre de 2011, pp. 241-245.

elección presidencial, lo nodal radica en las prácticas y formas de politización de los sujetos que se lanzaron a las calles, los sentidos que circularon en la prensa sobre las prácticas políticas callejeras y el clivaje legitimación-deslegitimación del gobierno porfirista a partir de la movilización callejera.

Para ello, las autoras bucean en una multiplicidad de fuentes: periódicos, correspondencia de Díaz, expedientes de la policía secreta, debates de las cámaras legislativas, etc. La “prensa política”, y en particular la “sátira visual”, se privilegian en tanto adquieren protagonismo propio en esta coyuntura electoral. De ahí que la prensa política sea *objeto* en tanto fuente para reconstruir los sentidos y tensiones que circulan en torno a la representación política, y *sujeto* en tanto actor de la propia lucha política.

El libro es conciso y se organiza en tres capítulos, bien definidos. El primero aborda el contexto general mientras que los dos siguientes se concentran en los espacios públicos de disputa y lucha política, *la calle y la prensa*.

En el primer capítulo se analizan las sucesivas reformas constitucionales de la vida política mexicana desde mediados del siglo XIX, y se indagan las normativas legales y los intereses de las oligarquías regionales que posibilitaron dichas reformas. Las élites políticas mexicanas habían surgido del triunfo del Plan de Tuxtepec (1876) y las renuncias a las banderas históricas del Plan fueron fuertemente criticadas desde sectores de la prensa opositora. Más allá de los discursos justificativos o críticos frente a la reelección, las élites porfiristas asumieron la estrategia política de darle continuidad al régimen como garantía de estabilidad y condición para el desarrollo económico, sin renunciar al juego político y a las disputas internas. Se sostiene que la reelección indefinida marcaría un antes y un después al reducir los conflictos intraélites y las sucesivas intervenciones del Estado central sobre las regiones. Ello implicó un fortalecimiento de las oligarquías locales y una fuerte concentración del poder.

Claro que, a la par, se devela la otra cara de la paz porfiriana o la consecuencia inmediata de esa concentración de poder: un proceso de exclusión política y no renovación generacional que sería determinante para la movilización obrera-estudiantil antirreleccionista. Así, en la consolidación del Estado porfirista, la coyuntura 1891-1893 devino un punto de inflexión. En un contexto de crisis económica, social y agraria estallaron rebeliones por todo México: aunque aisladas y sin ser una amenaza real al gobierno, inauguraron nuevas formas de hacer política. Por su parte, estudiantes y obreros de la Ciudad de México se opusieron a la reelección de Díaz lanzándose a las calles en un movimiento social organizado, sin presentar candidatos propios pero dispuestos a exigir una apertura política nacional. Una vez constituido, el frente antirreleccionista recuperó tradiciones y experiencias asociacionistas

de sociedades mutualistas obreras, así como también espacios de sociabilidad política propios de los universitarios.

Un mérito de este libro radica precisamente en recordar que el examen de la campaña política de Díaz requiere un análisis relacional, una historia de actores en disputa. Aquí es donde el libro engarza una historia de la política con la historia social al reponer los rostros de los sujetos que se lanzan a las calles, sus demandas y su materialidad cotidiana. Precisamente, en el segundo capítulo, se reconstruye el ciclo de confrontación en las calles entre reeleccionistas y antirreeleccionistas. A partir de la aprobación de la reforma, los clubes electorales porfiristas buscaron legitimar la reelección de Díaz y posicionar a sus electores en cargos públicos. El análisis advierte que el oficialismo estuvo muy lejos de ser un bloque monolítico y la proliferación de clubes, redes electorales y de prensa coyuntural se inscribía en una auténtica competencia por la movilización del voto. Así, las grandes manifestaciones porfiristas del 2 de abril fueron impulsadas por los distintos clubes porfiristas y constituyeron verdaderas fiestas cívicas donde los circuitos tradicionales cívico-religiosos fueron resignificados para legitimar las procesiones cívicas en torno a la reelección.

Como contraparte, con igual detalle se documenta la respuesta y capacidad organizativa de la oposición a Díaz. El 7 de abril, cuando los antirreeleccionistas hicieron su primera aparición en las calles liderados por jóvenes estudiantes, el movimiento se propuso manifestar su disconformidad con la reelección indefinida de Díaz. Según sostenían los organizadores, la movilización debía ser disciplinada, “dentro de los límites que guardan el orden y la ley”. Así, el movimiento social de protesta instaló “la toma de las calles” como medio de expresión y disputa con los reeleccionistas. Este capítulo deja en claro el protagonismo de la prensa en la coyuntura electoral. Varias publicaciones –*El Hijo del Ahuizote*, *Diario del Hogar* y *El Tiempo*– se destacaron en la defensa de la causa antirreeleccionista, al instigar y articular desde sus páginas la política callejera.

Gracias a una lograda sistematización analítica y narrativa, y mediante la elaboración de planos sobre los recorridos de las manifestaciones, las autoras invitan al lector a adentrarse en las movilizaciones callejeras. Aquí también se evidencia ese ensamble de métodos y perspectivas de la historia sociocultural con preguntas de la historia política, que enriquece el análisis de esta obra y la dota de originalidad. La campaña, en manos de estas historiadoras, representa un objeto privilegiado para comprender las expresiones del malestar social, los rostros de sus protagonistas y sus demandas. Al seguir las procesiones políticas por las calles de la ciudad, visibilizan que la violencia fue *in crescendo* hasta rebasar los límites de lo permitido. En las movilizaciones del 15 de mayo, el movimiento opositor

pudo contener el desbordamiento de la protesta social y la violencia. Sin embargo, las contramanifestaciones reeleccionistas del 16 de mayo y las antirreleccionistas del 17 fueron desbordadas por la protesta social, donde aflorarían tensiones sociales, de clase y étnicas. Con agudeza, el capítulo da cuenta de ese desplazamiento que convierte a una manifestación opositora planificada en un intenso movimiento de agitación callejera capaz de aunar la disconformidad política con los conflictos sociales. La violencia y los saqueos a los propietarios españoles estuvieron atados a las expresiones de hispanofobia que brotaron de las tensiones entre clase y raza.

El último capítulo se centra en las representaciones que tanto la prensa política como la sátira visual hicieron en torno a la toma de las calles en la coyuntura de 1892. Se indaga sobre las nociones políticas que circularon en la prensa y se advierte cómo este medio constituyó un escenario central de la disputa política. El análisis sobre la prensa permite explorar las percepciones sobre el recurso a la calle, a la violencia y las concepciones inherentes sobre los sujetos movilizados y su capacidad de participación política. Desde sus órganos de prensa, tanto oficialistas como opositores definieron al “verdadero pueblo” y su lugar en la espontaneidad de las movilizaciones. Ambos bandos compartieron una concepción excluyente de la ciudadanía. Mientras los antirreleccionistas representaron a los indígenas que participaron de las marchas oficialistas como “masa ignorante”, “multitud involuntaria” etc., los reeleccionistas representaron a los estudiantes como “niños inmaduros” “párvulos”, etc., incapaces de participar en política. Igualmente, solo los obreros oficialistas eran la “verdadera clase laboriosa” mientras los obreros opositores eran “vagos o mal entretenidos”. Las autoras advierten cómo desde la prensa cada bando construyó su propia versión de los hechos y los adecuó a su conveniencia.

Esta es una obra cuyo sofisticado análisis no va en detrimento de una lectura amigable. Esto de por sí, sumado a su evidente actualidad, pese a tratarse de la política de fin del siglo XIX, la convierte en recomendable. Además, vale subrayar que representa un modelo para reconsiderar la relación entre las clases subalternas y la política, la participación de trabajadores, campesinos, estudiantes en la vida electoral de las naciones latinoamericanas, la interconexión entre los acontecimientos institucionales y la vida cotidiana de sociedades aquejadas por la desigualdad económica y la inequidad social. Invita a abrir la agenda de investigación a quienes se interesan por una historia de la política popular, atenta a problematizar las vinculaciones de los gobernados con los gobernantes, las instancias de negociación dentro de las redes políticas, las prácticas políticas concretas y el margen de maniobra de campesinos y trabajadores, los impactos simbólicos y concretos de esas

prácticas políticas en el conjunto de la sociedad, en su historia y aún en la memoria social de nuestro presente.

NÉSTOR VALVERDE SALINAS

Universidad Nacional de General Sarmiento

nestorvalverde1990@gmail.com